



RECIBIMIENTO EN LA FAMILIA DE DIOS



Preparado por el Departamento del Ministerio de la Mujer
División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día
Setor de Grandes Áreas Sul, Quadra 611,
Conjunto D, Parte C, Asa Sul, DF
CEP: 70200-710- Brasília, DF
TEL.:(61) 3701-1818
www.portaladventista.org
Revisión: Traducción División Sudamericana
Diagramación y tapa: Marcos Castro





RECIBIMIENTO EN LA FAMILIA DE DIOS

GÉN. 33:1-4; 12

INTRODUCCIÓN

A. Una buena recepción es importante en una sociedad donde la soledad causa enfermedades

Imaginen a una señora de 65 años que visita con frecuencia a su médico por los dolores que siente. Puede quejarse de una incomodidad en la columna durante una visita, hablar sobre dolores de cabeza en la próxima y de cierta debilidad en otra consulta. Cada vez, su médico realiza exámenes y nunca encuentra ninguna causa específica para sus síntomas. Como ocurre eso, ella sale de la clínica frustrada, sintiendo que nada puede hacerse para aliviar sus dolores.

Sin embargo, si miramos más de cerca, descubriremos que esa paciente perdió a su marido hace cinco años y vive sola desde entonces. Sus tres hijos viven en otros lugares. A pesar de amar mucho a su nieto, ella solo lo ve una vez al año. Tiene pocos amigos y se encuentra con ellos ocasionalmente. Si le preguntaran, probablemente diría que sí, sufre de soledad, a pesar de vivir en una gran ciudad.

Jed Magen, profesor de Psiquiatría en la Universidad del Estado de Michigan, relata que ese es un

escenario común en clínicas médicas. Síntomas de enfermedad sin ninguna causa aparente pueden ser el resultado del aislamiento social y del cansancio. Los estudios muestran que las personas que se sienten solas tienen más problemas de salud, sufren de malestar físico, y tienen más posibilidades de morir prematuramente.

En 2015, investigadores de la Universidad Brigham Young estudiaron múltiples encuestas sobre **soledad**. Después de evaluar datos de cientos de miles de personas, el grupo concluyó que la soledad resulta en un aumento del 50% de muerte prematura. La soledad y el aislamiento también están asociados al aumento de la presión sanguínea, niveles elevados de colesterol, depresión y, como si no fuera suficiente, también se vio una disminución de la habilidad cognitiva y el surgimiento de Alzheimer.¹

Como iglesia podemos hacer un gran bien a la población si somos receptivos y hacemos amistades verdaderas.

Estudiaremos una linda historia y aprenderemos algunas lecciones sobre una de las más emocionantes recepciones narradas en la Biblia.

B. Contexto de un emocionante encuentro donde el recibimiento reveló el amor de Dios

“Mientras Jacob luchaba con el ángel, otro mensajero celestial fue enviado a Esaú. En un sueño, este vio a su hermano desterrado durante veinte años de la casa de su padre; presencié el dolor que sentiría

¹ (<https://revistagalileu.globo.com/Ciencia/Saude/noticia/2018/02/solidao-faz-mal-para-sua-saude-afirma-psiQUIATRA.html>)

al saber que su madre había muerto; lo vio rodeado de las huestes de Dios. Esaú relató este sueño a sus soldados, con la orden de que no hicieran daño alguno a Jacob, porque el Dios de su padre estaba con él.

“Por fin los dos grupos se acercaron uno al otro, el jefe del desierto al frente de sus guerreros, y Jacob con sus mujeres e hijos, acompañado de pastores y siervas, y seguido de una larga hilera de rebaños y manadas. Apoyado en su cayado, el patriarca avanzó al encuentro de la tropa de soldados. Estaba pálido e imposibilitado por la reciente lucha, y caminaba lenta y penosamente, deteniéndose a cada paso; pero su cara estaba iluminada de alegría y paz. “Al ver a su hermano cojo y doliente, ‘Esaú corrió a su encuentro y, echándose sobre su cuello, lo abrazó y besó; los dos lloraron’ (Génesis 33:4). Hasta los corazones de los rudos soldados de Esaú fueron conmovidos, cuando presenciaron esta escena” (*Patriarcas y profetas*, p. 176-177).

Ese es el emocionante relato del encuentro de Jacob y Esaú después de 20 años separados, exactamente cuando Jacob estaba volviendo a la tierra de su padre, la tierra de Canaán.

No podía haber mejor recepción para él en su regreso a la tierra prometida. En realidad, Dios usó la persona que fue la razón de la huida de Jacob para recibirlo de vuelta.

Bien, es verdad que antes del sueño, Esaú no tenía buenas intenciones, su corazón no estaba movido por la compasión, estaba pensando más en sí mismo, en su honor y en la venganza que en el bienestar de su hermano y su familia.

Así como Esaú, todos somos egoístas cuando nuestra naturaleza humana y caída está dominando, pensamos solo en nosotros mismos. Como indica el libro de Brennan Manning con su sugestivo título “El impostor que vive en mí”, es como si existiera dentro de nosotros un impostor, alguien diferente con deseos egoístas que luchan por la supremacía. Y Jesús nos desafía a amarnos unos a otros (Juan 13:34) y para iniciar el camino del discipulado de Cristo lo primero que él nos pide es negarnos a nosotros mismos (Lucas 9:23). En otras palabras, la rendición total.

Y esa fue la experiencia de Jacob en el valle aquella noche; y de cierta forma, una experiencia de rendición también alcanzó el corazón de Esaú en la misma noche con el sueño. ¡Qué linda es la actuación del Espíritu Santo! ¡Dios es maravilloso!

La experiencia de rendición del corazón a Dios desborda en actos de amor. Y el acto de amor más importante para alguien que está llegando, alguien que todavía no pertenece, es el recibimiento. En esta historia, Dios usó a Esaú de manera extraordinaria para recibir a Jacob cuando estaba llegando a la tierra de Canaán. Esaú fue usado por Dios para recibir y demostrar aceptación al pueblo elegido de Dios en las puertas de la tierra prometida.

Poco después, Jacob cruzó el Jordán. Elena de White comenta esto de la siguiente forma:

“Atravesando el Jordán, Jacob llegó ‘salvo a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán’ (Véase Génesis 33-37). Así quedó respondida la oración que el patriarca había elevado en Bet-el para

pedir a Dios que lo ayudara a volver en paz a su propio país. Durante algún tiempo habitó en el valle de Siquem. Fue allí donde Abraham, más de cien años antes, había establecido su primer campamento y construido su primer altar en la tierra prometida. Allí Jacob 'compró a los hijos de Hamor, padre de Siquem, por cien monedas, la parte del campo donde había plantado su tienda, erigió allí un altar y lo llamó *El-Elohe-Israel*'. Como Abraham, Jacob levantó junto a su tienda un altar en honor a Jehová, y ante él congregaba a los miembros de su familia para el sacrificio de la mañana y de la noche. Fue allí donde cavó un pozo el cual visitaría diecisiete siglos más tarde el Salvador, descendiente de Jacob, y mientras junto a él descansaba del calor del mediodía, habló a sus admirados oyentes del agua que brota 'para vida eterna' (Juan 4:14) (*Patriarcas y profetas*, p. 181).

Jacob volvió a la tierra prometida, ¿y quién lo recibió? Esaú.

La actitud de Jacob de dividir a su familia en grupos revela el miedo. Saben amigos, muchas personas que vienen a la iglesia en busca de una experiencia con Dios, también sienten miedo. Miedo de no ser aceptados, miedo de no ser bien tratados, miedo a no ser recibidos. Algunos, como Jacob, ya fueron parte, pero hace mucho tiempo están lejos. Tal vez vuelvan como personas diferentes, con ropas diferentes y hasta hablando diferente. Generalmente sienten miedo. En última instancia, el miedo lo infunde la preocupación a ser o no aceptados por Dios. Y para ellos, nosotros podemos ser el reflejo del favor de Dios, de la aceptación divina. ¡Imaginen qué responsabilidad!

Y así como Dios usó a Esaú para recibir a su hijo Jacob, Dios quiere usarlo a usted y a mí para recibir a muchos de sus hijos e hijas en su casa, en “la tierra y los brazos” de su familia. La manera en la que Dios indujo a Esaú a actuar nos enseña algunas lecciones de cómo debemos recibir:

1. Debemos recibir con iniciativa (v. 4)

El versículo 4 dice que Esaú “corrió” al encuentro de Jacob (Gén. 33:4).

Cuando Jacob divisó a Esaú y sus cuatrocientos hombres a la distancia comenzó a postrarse en tierra. Lo hizo siete veces. Él estaba en paz con Dios, pero no sabía qué sucedería. Estaba cansado y cojeando, dividió a su familia en grupos, por el temor de un posible ataque y fue al frente.

Imagino a Esaú al acercarse, saltó de su caballo y corrió al encuentro de Jacob; fue un momento sublime. Él no solo aceptó, no solo esperó a que el hermano llegara, corrió. Y esa actitud de correr, que era interpretada en el Antiguo Oriente como deshonrosa y humillante, representa una iniciativa espectacular de recibimiento de parte de Esaú que había sido traicionado por su hermano.

- ¿Cuán intencionales hemos sido en recibir a las personas?
- ¿Recibir ha sido una tarea solo de algunos en la iglesia que lo hacen por obligación? ¿Nuestra recepción es algo reactivo? Las personas llegan y nosotros ¿solo extendemos la mano como consecuencia de su llegada?
- ¿O somos proactivos en recibir?

Queridos hermanos, Dios espera que tomemos la iniciativa. Como hermanos que estamos en casa, debemos hacer nuestra parte. Y hasta puede ser que algunas de las personas que necesitan de nuestra receptividad nos hayan lastimado, tal vez nos hayan traicionado en el pasado. En esto consiste el amor. Tengamos iniciativa para recibir a todos y hacerlos sentirse bien, ya sea en los cultos y reuniones de la iglesia, ya sea en nuestros grupos pequeños o en otros programas. El buen recibimiento es una marca de los cristianos. “Permanezca el amor fraterno. No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (Heb. 13:1, 2).

2. Debemos recibir con afecto y simpatía (v. 4).

“Pero Esaú corrió a su encuentro y le abrazó, y se echó sobre su cuello, y le besó; y lloraron”
(Gén. 33:4).

David Brown comenta que no fueron los regalos, ni las postraciones humildes de Jacob, sin duda, fue la influencia secreta y subyudadora de la gracia de Dios (Prov. 21:1) lo que convirtió a Esaú de enemigo en amigo de Jacob. Él afirma que esta es una descripción exacta de un encuentro entre personas relacionadas en el Oriente, especialmente para un miembro de la familia que volvió a casa después de una larga ausencia. Ellos pusieron sus manos en el cuello, se besaron en cada mejilla, y después inclinaron la cabeza por algunos segundos, durante el abrazo cariñoso. Es el modo habitual de demostrar

afecto, y aunque no se esperaba que Esaú recibiera a su hermano con un saludo tan cordial, eso estaba de acuerdo con la manifestación de bondad y generosidad en la cultura de ellos².

¿Y nosotros? ¿Cómo podemos demostrar compasión y afecto en el contexto donde estamos? ¿Sería un abrazo, una sonrisa, un beso? Recordemos que más importante que las acciones en sí, es lo que ellas representan. Jesús demostraba simpatía. Elena de White escribió que:

“Sólo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía a sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les decía: “Seguidme” (*El ministerio de curación*, p. 102).

La simpatía es la demostración de que le importan la situación, los sentimientos y las necesidades de otros. La verdadera simpatía que Cristo demostró es un fruto del Espíritu que se necesita desarrollar en la Iglesia a través de la madurez espiritual. La simpatía es más que una sonrisa, es el interés sincero, es la actitud de un corazón capaz de compadecerse; de sentir con la persona su dolor.

2 David Brown, A. R. Fausset e Robert Jamieson, *A Commentary, Critical, Experimental, and Practical, on the Old and New Testament: Genesis–Deuteronomy*, t. 1 (Londres; Glasgow: William Collins, Sons, & Company, Limited, s.d.), 217

3. Debemos recibir con compasión (v. 10)

“[...] porque he visto tu rostro, como si hubiera visto el rostro de Dios, pues que con tanto favor me has recibido” (Gén. 33:10).

Esau tenía razones humanas para odiar y planear una venganza. Pero Dios le dio buenas razones divinas para recibir con compasión. Gracias a Dios, en esta historia del reencuentro de los hermanos, el amor venció.

De manera muy linda, Jacob relata que el hermano lo recibió muy bien y que ver su rostro era como contemplar el rostro de Dios. Jacob sabía que no lo merecía. Él reconoció que el hermano actuó con gracia, perdón y compasión, como Dios lo hace.

Saben, queridos, muchas personas llegan a la iglesia “cojeando” por las luchas emocionales y espirituales de la vida. Ellas sienten que no lo merecen, pero están buscando la gracia, el perdón y el amor de Dios. Y la manera en la que nosotros las recibimos puede ser una señal, el reflejo de la gracia de Dios que ellas tanto necesitan. Tal vez, algunas cerrarán o abrirán el corazón dependiendo del recibimiento que tengan en nuestro medio.

Antes de acusarnos o criticarnos, recordemos que nosotros tampoco merecemos la gracia de Dios. “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? (Mat. 7:1-3).



Vamos a recibir con compasión y amor, y así las personas verán nuestro rostro como si estuvieran contemplando el rostro de Dios.

4. Debemos recibir con disposición de acompañar (v. 12)

“Y Esaú dijo: ‘Anda, vamos; y yo iré delante de ti’”
(Gén. 33:12).

El recibimiento de Esaú no se resumió solo al momento del encuentro, sino también a su disposición de acompañar a Jacob, haciendo lo posible para ofrecer a su hermano y familia la seguridad y las condiciones necesarias de entrar en la tierra y sentirse bien.

Es aquí donde ocurre la prueba de la verdadera sinceridad; a veces dar una sonrisa, abrazar y decir “bienvenido” puede ser fácil. Pero prestar atención y anticiparse a las posibles necesidades, disponiéndonos a servir, acompañando a las personas en el proceso, eso sí es la expresión del amor en el verdadero recibimiento cristiano.

Debemos dar un paso más. Nuestro recibimiento debe ser real porque el amor de Dios es real. El verdadero recibimiento se da cuando, más que en un edificio, recibimos a las personas en nuestra vida.

CONCLUSIÓN

John Todd nació en Vermont en 1801. Antes de que John cumpliera seis años, quedó huérfano. Él y

sus hermanos y hermanas fueron distribuidos entre los parientes. John fue designado a una tía de buen corazón que vivía a dieciséis kilómetros de distancia. Ella se convirtió en la madre del niño huérfano y, a través de los años, lo vio alcanzar cosas grandes como estudiar en Yale y tener éxito en la profesión que eligió.

Llegó un momento en el que la tía se enfermó de gravedad. Ella sabía que la muerte estaba cerca. Tenía miedo e inseguridad sobre el futuro. En su ansiedad, le escribió a John; y como él no podía estar a su lado en ese momento, le escribió la siguiente carta:

“Ya pasaron casi treinta y cinco años desde que era un muchachito de seis años y me quedé completamente solo en el mundo... Nunca olvidé el día en el que hice el largo viaje hasta tu casa en North Killingsworth... Todavía recuerdo mis lágrimas y mi ansiedad, pues por un camino polvoriento, sobre un caballo y agarrado firmemente a César, partí hacia mi nueva casa. A medida que cabalgábamos, sentía más miedo, y finalmente, le dije ansioso a César: ‘¿Cree usted que ella se irá a la cama antes que lleguemos?’. ‘Oh no’, respondió con calma y seguridad, ‘estoy seguro de que estará despierta esperándote; cuando salgamos del bosque, verás la vela brillando en la ventana’.

“Cuando llegamos a un claro, allá se veía la vela encendida. Recuerdo que me estabas esperando en la puerta, que me ayudaste a bajar del caballo y me rodeaste con tus brazos. Había fuego en el hogar y una comida caliente en la cocina. Después de cenar, me llevaste a la cama, escuchaste mis oraciones y te

quedaste sentada a mi lado hasta que me dormí.

“¿Sabes, tía, por qué estoy recordando todas esas cosas? Un día, Dios te llevará a un nuevo hogar. No tengas miedo. Al final del camino, encontrarás amor y recibimiento; estarás segura allá, en el amor y cuidado de Dios. Sin duda, él será tan cortés y confiable contigo como lo fuiste años atrás conmigo”.³

El recibimiento es parte del reino de Dios. Un día, nosotros también seremos recibidos en el Cielo.

“Y yo os digo: ‘Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas’” (Lucas 16:9).

Jesús habla en este pasaje de recibimiento en las moradas eternas. Un día, después del regreso de Jesús y de nuestro viaje hasta allá, seremos recibidos en el cielo. Vale la pena todo esfuerzo, dedicación e inversión aquí en la Tierra para conquistar amigos para el reino de Dios. Recibamos con iniciativa, afecto, simpatía y compasión.

¿A cuántos les gustaría ponerse a disposición de Dios para ser usados por él para recibir a otros para el reino de los cielos?

RICARDO DO CARMO COELHO

Pastor en la Iglesia Adventista del Séptimo Día de Alphaville, en Manaos, Amazonas, Brasil. Una iglesia receptiva.

³ G. Curtis Jones, 1000 Ilustrações para Pregação e Ensino. Nashville, TN: Broadman & Holman Publishers, 1986, 110–111